

**Doucey, Bruno (2005). *Ciudad de arena*. Traducción colectiva; coordinación Joëlle Guatelli-Tedeschi, en colaboración con Adoración Elvira Rodríguez. Granada: Jizo Ediciones, col. Literatura contemporánea n° 15, 92 pp.**

Wenceslao-Carlos Lozano  
Universidad de Granada

Bruno Doucey (1961) es un literato en su expresión más acabada: poeta, novelista, ensayista, crítico literario, pedagogo y editor. En el ámbito de la poesía, es autor de obras como *Fulgurances* (1999), *Poèmes au secret* (2006), *Je est un autre* (2008, junto con Christian Poslaniec); y de poemas diseminados en distintas publicaciones, además de antologías como las tituladas *La poésie engagée* y *La poésie lyrique*. O *Si proche de Grenade* (2005), una antología bilingüe del poeta granadino Antonio Carvajal. En 2003, se hace cargo de la dirección de la mítica editorial Seghers, ideada por Pierre Seghers en 1936 a raíz del asesinato de Federico García Lorca, y materializada en 1944; o sea nacida para difundir valores de resistencia y de liberación.

*La cité de sable* (2007) es una recopilación de nueve relatos cortos, escritos en distintos momentos de la vida del autor, cuatro de ellos inspirados en el desierto —con todo lo que encierra de bello y de tremendo lirismo— y en su dimensión de hábitat humano, donde puedes quedarte para siempre tras haber sido rechazada por tu familia y la sociedad, e incluso procrear (“Raina o las moradas ausentes”), refugiarte provisionalmente y encontrar el amor, aun cuando la codicia de los emporios económicos lo degrada todo alrededor (“Mordeduras”), convertir la vida en sueño y escritura desde distintos espacios narrativos, París y Kenadsa (“El reloj de arena”). El que da nombre al volumen nos da cuenta, excepcionalmente en primera persona, de los avatares de una travesía del desierto hasta una fantasmagórica ciudad donde, una vez más, realidad y sueño se confunden sincréticamente. Como dice el protagonista, “Comprendí que sólo podía tratarse de un mundo de ciegos abierto a otras claridades” (“Ciudad de arena”). En todos ellos subyace la soledad, no como peso sino como expresión de liviandad, una soledad embriagadora, incluso en la ciudad (“El último encuentro de Eugenio Montale”), que deriva en muerte extremadamente lúcida del protagonista, que un día sigue por la calle, en una ciudad del norte de Europa, a una mujer a quien cree reconocer como una pariente desaparecida tiempo atrás, y que se adentra tras ella en un caserón en el que cada habitación da paso a otra y otra, cada vez más pequeña, así indefinidamente, en cierto modo tomando, ya fuera de su cuerpo, la medida del espacio, hasta alcanzar algún día la última puerta, probablemente la del silencio. No menos insólita es la soledad del anciano filólogo (“La extraña desaparición de Felipe Pérez Consuelo”) que se queda encerrado en una biblioteca de la ciudad argentina de Rosario, que nunca volverá a abrirse pero que sin embargo se va ensanchando infinitamente a medida que la va visitando, no ya él sino su espíritu, en busca del Libro único, el que contenga a todos los demás. Y esa

otra expresión de la soledad que puede ser la enorme longevidad de Alfonso Layón (“Destinos”), aquí estrechamente asociada a una determinada sabiduría del cuerpo y de la mente, y vivida comparativa y desoladamente por esa mujer de 36 años que agoniza en una cama de hospital, sabedora de la *“paciencia, instintiva inteligencia y comprensión del mundo [que] hace falta para vivir así más de cien años”*, y que no sabe si tendrá tiempo de alcanzar esa parte de sí que no quiere morir. En el relato que abre el libro (“Albane o las moradas ancestrales”), la huérfana Albane y la anciana que la ha criado llevan años solas en una propiedad campestre, otrora floreciente y, hoy, cada vez más invadida por la maleza tras haber sido todos los hombres reclutados forzosamente para la guerra, ninguno de los cuales volvió. Mientras la anciana resiste tenazmente al avance de la maleza, la joven, por el contrario, domestica la indómita naturaleza, en todos y cada uno de sus elementos —árbol, pájaro, piedra del camino, manantiales, lagartijas—, luego los objetos de la gran mansión amueblada pero abandonada por sus moradores, hasta descubrir un árbol que ha crecido en el granero, echando raíces en el propio suelo, extendiéndolas y difundiendo su fuerza vital por toda la estancia. La joven se pega al tronco y va absorbiendo, haciendo suya dicha vitalidad hasta renacer en su savia y fusionarse con todas y cada una de sus nervaduras y fibras. Esto es, hasta tomar conciencia de su cuerpo dentro del cuerpo protector del árbol. Como contrapunto a ese nacimiento a una existencia superior, en el piso de abajo sobrecargado por el peso de las raíces, sentada junto al hogar, la anciana fallece en ese preciso instante, se entiende que ya cumplida su misión de protección de Albane. Pero de todas las soledades aquí expuestas, al fin y al cabo anunciadoras de un hábito de esperanza, la más atroz es la del huérfano Coquecidrouille (“El remanente”), hijo ilegítimo rechazado por todos, hazmerreír del pueblo, triste víctima de un destino disolvente para los perdedores, y una condición humana no menos despiadada.

Sin duda, para Bruno Doucey cada lugar tiene un duende, y “drena más historias que las que puede contener la biblioteca de un erudito”. Su existencia se mueve entre la gran urbe y el desierto, y eso se nota. El desierto es actante en cuatro de estos nueve relatos en los que se va reiterando el tema de la desaparición, o mejor de la dilución, ya sea en la ciudad o en el desierto de hipnótica belleza, inmensidad y desnudez. Hay, pues, mucha indagación en estos textos: indagación literaria, por supuesto, en pos de formas y espacios de expresión distintos de los habituales. Estamos hablando de prosa poética, en que la realidad se percibe entreverada de capas de ensueño, así como de un lacerante lirismo. No se trata tanto de seguir una lógica discursiva al uso como de entender a través de la evocación —y de la palabra— poética. Y no es que estos cuentos carezcan de lógica, sino que ésta, el lector tiene que rastrearla atento a cada sugerencia de sentido, pues todo se sostiene en estos entramados oníricos en los que procede que nos dejemos llevar por lo más hondo y menos controlable de nuestra psique. Se trata así de una escritura que nos obliga a detenernos en las palabras hasta establecer un sentido aparentemente inabrazable, y abrazar esa lógica interna específica (no por onírica inabrazable verbalmente)

de cada uno de los mundos que la voz autoral nos invita a recorrer. Palabras llanas y precisas, sabia combinación de tiempos verbales, y frases muy cortas que dan a cada texto un carácter de apremio, de inmediatez situacional que contribuye, sin duda, a ese grado de veracidad, efímera por etérea, pero suficiente para que cada relato desprenda el aroma de su propia verdad, siempre presidida por la soledad, el silencio y la disolución de los protagonistas en sus respectivos territorios interiores. En esa combinación entre el aplastante silencio y la vaciedad espacial por un lado, y, por otro, la radical unicidad de las situaciones existenciales experimentadas por los protagonistas, se halla también la razón del desasosiego que invade al lector ante la fragilidad de la existencia y, paradójicamente, ante un caudaloso flujo espiritual cuyos arcanos nos negamos racionalmente a aceptar.

Todas estas impresiones de lectura se registran con la misma intensidad y nitidez en el texto original y en su traducción, lo cual demuestra palmariamente el éxito de esta operación traductora colectiva, un *modus operandi* poco habitual pero que da sus frutos cuando se hace en serio, por amor a la literatura y al trabajo bien hecho. En estos textos aparentemente sencillos, pero enormemente complejos por todo lo que sugieren, todo lo que connotan, es tan importante lo que dicen las palabras sobre la realidad como lo que nos invitan a entender en otro nivel de comprensión (más sensitivo que objetivo), en su poder de evocación, en relación con sus vecinas, y, por supuesto, en conformidad con la unidad de sentido de cada relato y su correspondiente atmósfera. Se dan incluso atisbos de mejora del original, por ejemplo en la decisión de los traductores de quitar el artículo al título del relato, y, de ahí, al del libro: *La cité de sable* por *Ciudad de arena*. Con ello, se ha pretendido recalcar que no se trata de una ciudad que se pueda encontrar en un mapa, sino de una ciudad soñada. En su trabajo de revisión, el propio autor aplaudió la supresión de un artículo que acentuaba así la indeterminación de una construcción sin referencia.

No cabe duda de que este colectivo ha hecho suya la recomendación de que toda buena traducción debe ser todo lo literal posible a la vez que todo lo libre que sea necesario. A medida que avanzamos en una lectura crítica comparada, no podemos sino comprobar hasta qué punto la traducción afina en su relación especular con el original: por supuesto en la precisión de las descripciones, en la viveza y naturalidad de los diálogos, pero también en el ritmo de la frase, el apropiado tono misterioso. Así, “En el desierto, a veinte pasos del camión, la mordedura del tiempo acechaba la hora indecisa. Y, al caer la noche, sin ruido, sin el menor recelo, se deslizaría entre las piedras con la precisión de lo inútil” (“Mordeduras”). O, ya metidos en metaliteratura: “cuando el monstruo eructa, suben hasta el aire libre palabras de un olor acre. Al juntarlas, el escritor da una idea bastante exacta de la fisonomía del monstruo. Que cada cual decida si quiere quedarse en la superficie brillante de las palabras o si prefiere sumergirse en el agua negra.” Porque hay palabras bajo las cuales hay algo más: “como la persistencia de un fenómeno tras la desaparición de su causa” (“El remanente”).

Sin duda, procedía reseñar con algún pormenor, en esta revista de la FTI, una producción propia como es esta actividad traductora y creativa, y hacer constar sus incuestionables méritos. El grupo de traducción colectiva “Traducir colectivamente la voz lírica”, fundado en 2004 y dirigido por Joëlle Guatelli-Tedeschi, ha contado en tres de sus cinco proyectos hasta la fecha con la primordial colaboración de la profesora y talentosa traductora Adoración Elvira, premio Stendhal de traducción 2008. En la ocasión que aquí nos ocupa, el grupo de traductores ha reunido, en torno a ambas profesoras, a estudiantes de los departamentos de Traducción e Interpretación y de Filología francesa: Jennifer Alonso Molero, Rosa María Carbonell Romo, Inés Cerro Martín de la Vega, Sandrina Chavero Puja, Irene M. Martínez Pulido, Inmaculada Martínez Sánchez, Laura Nadine Martínez, Anne-Sophie Pruvost, José Antonio Ramos Pérez y María del Pilar Vivo Reolid.

Este trabajo, cuya referencia académica es TRAD-DOUCEY (2006-2007), es pues el cuarto, tras las anteriores experiencias con creadores poéticos de primera magnitud, como Antonio Carvajal (2004-2005), René Depestre (2005-2006) y Elena Martín-Vivaldi (2006-2007), siendo el propio Doucey revisor de la traducción de los poemas de nuestra poeta (como lo fue Claude Couffon de los de nuestro poeta). Creo así mismo que debería quedar constancia en *Sendebarr* de los tres primeros libros, fruto de estas experiencias, que han sido publicados hasta la fecha: la dos antologías de los poetas Carvajal, *Si proche de Grenade* (Seghers, Paris, 2005), y Martín Vivaldi, *Te naissant sans trêve* (Le Petit Véhicule, Nantes, 2009), así como el poemario testamento de Depestre, *Omisión de socorro a poetas en peligro* (Sinsonte, Zamora, 2008). El presente libro, *Ciudad de arena*, es pues el último publicado hasta la fecha, producto de una labor realizada durante el curso 2007-2008 y cuya versión final se llevó a cabo bajo la supervisión de un poeta y traductor de la envergadura de Jenaro Talens, intelectual muy vinculado a nuestra universidad de Granada; así como del propio autor, durante las IV Jornadas de Traducción Colectiva Literaria que se celebraron en el primer cuatrimestre del curso académico 2008-2009.

**Dávila-Montes, José M. (2008). *La traducción de la persuasión publicitaria*. New Cork-Ontario: The Edwin Mellen Press, 660 pp.**

Ana Pereira y Lourdes Lorenzo  
Universidade de Vigo

Partiendo de la premisa de que para trasvasar publicidad hay que ir más allá del conocimiento de los mecanismos de persuasión, de lo puramente verbal y de su íntima (a veces indisoluble) relación con la imagen y la cultura, Dávila se plantea el reto de comprender cómo los mecanismos persuasivos actúan en el plano cognitivo y cómo se manifiestan en un catálogo de realizaciones textuales y discursivas concretas. Estas realizaciones, que no tienen por qué ser las mismas en dos contextos de cultura